

Domingo, día de pago

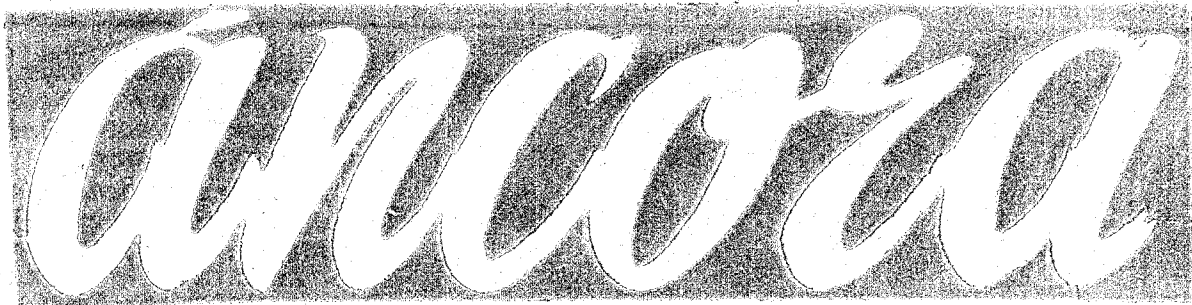
El domingo fué para descansar. Si así fuera, si esta divina sentencia todos quisiéramos aplicárnosla sin menoscabo de su alto significado humano y social, entonces no habría motivo para escribir: domingo día de pago.

Pero quédense en casa en este día por la mañana, con la ilusión de quien va a gozar del descanso bien merecido después de seis días de labor cotidiana y fructífera, y verán como el domingo no fué para descansar. Las llamadas a la puerta se sucederán con frecuencia en la mañana domingüera. Se las conoce a la legua porque cada una tiene su característica. Y dándose este caso tan singular, uno sale a atender dichas llamadas con la cartera en la mano. No cabe otro recurso. ¿Por qué?

Pues porque el domingo es día de pago. Es el día que se dan cita, sin descanso, dos cobradores a domicilio de muchas entidades recreativas, entidades previsoras, mutualidades. El domingo es un día seguro. Es el día siguiente al sábado. Y esto es una garantía a favor de la humildad de estos cobradores que un día tan acertadamente comentara nuestro amigo de letras Xavier.

Uno podría hacerse el sordo, pero entonces el domingo sería de menos descanso de lo que es atendiendo a quienes vienen a quebrantar legalmente nuestra bolsa. Hay que pagar en domingo por la mañana. Y así terminar felizmente la semana.

Queda un recurso, sin embargo, que haría prevalecer su influencia enmendadora sobre estas anomalías domiciliarias. Que la semana fuera convertida, laboralmente en semana de cuarenta horas. Entonces el domingo a buen seguro que sería para descansar. Para todos, incluso para los cobradores domingüeros que entonces lo serían sabatinos.



SAN FELIU DE GUIXOLS 21 DE NOVIEMBRE 1957 - NÚM. 508 - AÑO XI

Otoño, promesa y esperanza



Ya entrado el otoño, cuando las primeras ventoleras portestivas han barrido el polvo cosmopolita de las calles, y empiezan los árboles de paseos y jardines a desprenderse de las galas ocres de sus ramas; cuando la nostalgia brumosa de Octubre se desahoga en llanto novembrino, bruñendo asfaltos y haciendo replegar lonas y parasoles de las terrazas y salientes temporales de bares, hoteles y demás establecimientos veraniegos; cuando las vías ciudadanas se espacian por la disminución del tránsito, y la vida familiar y societaria se recogen en el núcleo de las viviendas, y el bullicio urbano, de gran capital, cede el puesto a la quietud provinciana, es señal que ha llegado la hora de la labor callada y recoleta en el refugio del hogar. la hora del recogimiento doméstico, del estudio y la lectura.

Es la hora coincidente con la sementera agrícola. El momento de echar el grano en el seno de la tierra madre, para ser gestación oculta y profunda durante los rigores invernales que luego se traducirá externamente, en esplendoroso desarrollo primaveral, engalanando vergeles, campos y laderas con una policromía floral encantadora.

Tanto en el agro como en la ciudad, otoño representa el recomienzo de la labor creadora en silencio. Labor interna y previsor. Momento propicio a la abstracción del exterior, de la concentración de energías dirigidas al afincamiento de raíces, de afianzamiento de bases en vistas al mayorsostén de los futuros organismos.

Proa al invierno, tanto en la ciudad como en la tierra cultivable se produce un fenómeno

no paralelo, de apariencias distintas pero de finalidades idénticas. En la una y hablando más concretamente — es la hora de recomenzar los cursos en escuelas, academias y universidades. Es el momento de disponerse a emprender de nuevo, de prepararse para la obtención de conocimientos técnicos, profesionales y especulativos de todo orden. Es el momento de rellenar las carteras y las bolsas de libros y cuadernos y demás enseres necesarios para un mejor aprovechamiento de lecciones, conferencias y cursos especializados, para la toma de notas y la búsqueda de datos en archivos y bibliotecas. Es la hora, en fin, de la reflexión y el meditar serenos en el rincón solitario de la casa, ajenos al ajetreo mundano. La hora del encauzamiento y cultivo de las inteligencias y vocaciones.

En la ciudad como en el campo se realiza en la estación otoñal la operación base de todo rendimiento futuro. La operación de la siembra de la semilla, sin cuyo requisito quedaría estéril el talento más preclaro y la tierra más rica en sustancias nutritivas.

Los materiales están dispuestos. Las condiciones, óptimas para el laboreo. Las áreas de cultivo, tanto agrarias como espirituales, prestas a recibir la simiente prometidora. Solo falta el impulso voluntario del hombre para poner el ciclo germinativo en marcha. Solo la acción inicial para poder sacar a su debido tiempo un caudal de bienes que están a nuestro alcance. Si este factor falla, si por nuestra parte no intuimos la necesidad de esta acción impulsora del fenómeno productivo, todo será inútil. La tierra será un yermo estéril y la luz esplendorosa del saber quedará reducida a una triste y desolada penumbra.

Otoño, promesa y esperanza. Cauce fertilizador de riquísima vega, si sabemos aprovechar su curso. Lecho pedregoso y agotado, perdido en el desierto, si vueltos de espaldas a su afrecimiento nos dejamos llevar por las dádivas falaces, por demasiado fáciles, de la vida comodona del momento.